La Neskatilla de Bermeo II
Tras el Ritón de Oro

Rafael López Guillén

La Neskatilla de Bermeo II
Tras el Ritón de Oro

Rafael López Guillén

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2024
©Rafael López Guillén, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-91-6
IBIC: FF
DEPOSITO LEGAL: M-9309-2024

Una vez más, y no me canso, dedicado a mis mujeres: a mi mujer, a mi madre, a mis hijas. Añado más: a mis hermanas, cuñadas, tías, primas y amigas, que sé que me leen y les gustará encontrar estas palabras. También se lo dedico a mi hermano, cuñados, tíos, primos y amigos, cómo no. Todos, ellas y ellos, son mi mundo, por ellos soy capaz de removerlo.

Escribir es una necesidad para algunos, una obligación para otros, una forma de entretenimiento para algunos pocos, pero para mí es una continuidad de mi formación, pues me obliga a estudiar, indagar, elucubrar e incluso deducir. Además, dándole mi estilo personal asincrónico, intento que los lectores también se involucren en el desarrollo de la trama. Espero haber encontrado el clímax final correcto y que sea de vuestro agrado.
Con cariño para todas y todos,

RAFA

Su familia añade los siguientes agradecimientos después de su fallecimiento:

Te estaremos eternamente agradecidas de que hayas compartido tu escritura con todas nosotras y con el resto de familiares, amistades, conocidos y otros lectores que tendrán la oportunidad de descubrirte sin conocerte. Leer tus novelas es lo más parecido a hablar contigo puesto que cada personaje de tu obra contiene tu esencia.

Te queremos.

CAPÍTULO 1

4 de septiembre de 2019

Inés levantó su mirada hacia la farola, preciosa, diferente a todas las que había visto.

—Preciosa, ¿verdad? —preguntó Pau el marchante y anticuario. Mientras tomaba un sorbo de la cerveza, la aguantó con la mano derecha mientras hablaba y la señaló con el dedo meñique—. Antoni Gaudí la diseñó siendo un jovenzuelo, creo que con dieciocho años, y ganó un concurso que realizó el ayuntamiento de Barcelona para ponerla aquí, en la plaza Real. —Dejó el vaso en la mesa de una de las distintas terrazas que había allí alrededor de la fuente. —Ese casco está dedicado a la diosa del comercio: Minerva —añadió información a la conversación Kontxesi, con su vena de sapiencia. Seguro que estaba pensando en que no le vendría nada mal una restauración. «Su especialidad», pensó Inés.

Raffaello también giró su rostro un segundo hacia la farola, luego volvió a dirigirlo al diario que había comprado allí al lado, en un quiosco de Las Ramblas.

—Por supuesto, *La Gazzetta dello Sport, tutto il rosa della vita* —leyó Inés—. *Il caso: Censura dalla Federcalcio iraniana? Strama nom ci sta*: «Nessuma notifica, respingo le accuse».

Ni idea de qué era eso que hablaban; dejó de leer, pues Raffaello lo dobló y lo dejó con cuidado en la mesa. Seguro que luego proseguiría.

—*Cosa facciamo. Aspettiamo molto più a lungo*, doña Inés? —le preguntó Raffaello a Inés.

—Pregunta si esperamos mucho más tiempo —tradujo Kontxesi.

Todos la miraban, a ella, Inés, la más joven. Era ahora la jefa de este grupo de delincuentes.

—Sí, esperemos un rato más, quiero ver una vez más cómo repite día sí, día también, que está aquí hasta las dos de la tarde. —Inés miró desinteresadamente al hombre que había sentado en otra mesa, a unos seis u ocho metros; leía tranquilamente *La Vanguardia*, apoyada en la mesa, con su vaso de cerveza y un plato de patatas chips al lado.

Pau miró su reloj de muñeca, faltaban tres minutos para esa hora. Señaló poniendo tres dedos en la mesa.

Inés los observó a todos. Raffaello con sus zapatos negros relucientes con el sol que les daba. Siempre con traje chaqueta negro, perfectamente planchado, hasta el último pliegue, con su camisa blanca y una corbata también negra, aunque con unas líneas inclinadas blancas, elegante. Muy moreno, debía de haber venido

de algún lugar del sur de Italia. Bajo esas gafas oscuras, debía de tener esos ojos marrones tan penetrantes que le daban miedo. Debía de tener unos cuarenta años, sin apenas arrugas. Él tenía que hacer su papel, de malo por supuesto y seguro que lo bordaría.

Cambió la mirada hacia Pau, el anticuario. Con un pantalón vaquero azul roto, una camisa de manga corta blanca y también muy moreno. Este, le habían dicho, estaba en Formentera cuando la Policía lo encontró. También rondaría los cuarenta… «No, un poco más… Cincuenta y algo», calculó Inés.

Pau, que tenía enfrente al hombre que comía las patatas, dio un golpecito en la mesa con sus dedos y cambió a dos el número de dedos, quitando uno.

Inés entonces miró a su archienemiga acérrima, a Kontxesi. Debía de rondar los mismos que Pau, incluso un poco más seguro como su madre, su examiga. Sesenta. Blanca como la leche, iba tocada con una pamela blanca que tapaba su corto pelo negro y unas gafas de sol muy grandes. Un traje un tanto peculiar por el colorido: rojo, verde y amarillo. Llevaba un gran bolso, que sujetaba encima de sus piernas cruzadas en ese momento.

Pau quitó otro dedo y empezó a golpear nerviosamente la mesa con el único que quedaba allí.

Inés se puso de pie y dio comienzo a la representación. Dos hombres, que estaban apoyados en la fuente, la vieron e hicieron lo mismo, se levantaron a la vez.

Uno empujó al otro con fuerza y este le replicó con un puñetazo que hizo que el agredido cayera al interior de la fuente. Todos los presentes, de todas las mesas e incluso los que pasaban de pie por allí, giraron la vista hacia el lugar accidentado.

Raffaello miró a Inés, quien le dio la conformidad para que se levantase y fuera hacia la mesa donde estaba el hombre que comía patatas chips. También observaba la pelea abstraído, como todos. Kontxesi y Pau también se levantaron. Se cogieron de la mano y enfilaron hacia Las Ramblas, pasando entre las mesas distraídamente.

Inés miraba a todos. Abrió su monedero y dejó tres euros de propina extra en el interior del recipiente donde le habían traído la vuelta al cobrarles. La chica les había tratado muy bien y siempre hacía ese extra para que le reservasen la misma mesa nada más verla de lejos. Volvió a mirar, pero en lugar de hacia la pelea donde estaba el bullicio, en dirección al hombre de las patatas… que se levantaba. Esperaba que saliese hacia la calle Ferrán, donde le estaría esperando Raffaello en el pasadizo. Si cogía la dirección hacia Las Ramblas, estarían allí Kontxesi y Pau. Enfiló hacia el pasaje más cercano. Vio a la pareja, que también estaba observando que se movía hacia el hombre recién levantado; ambos aceleraron el paso, volviendo a pasar por entre las mesas. Pau cogió el vaso donde había bebido el recién levantado, vio cómo hacía el movimiento acordado

con una bolsa de plástico. Nadie se había fijado. Inés fue hacia el pasaje, donde estaba ya Raffaello sonriéndole al verla llegar.

Pau y Kontxesi se les unieron; ella abrió su gran bolso y Raffaello puso en su interior una cartera. Inés introdujo sus manos y la abrió mirándolo en el interior del bolso. Sacó papeles, una foto de una chica y extrajo una tarjeta de color plateado de la cartera. La pasó por el lector de tarjetas que había en su interior y se encendió una luz verde. Inés volvió a poner la tarjeta en el sitio del que la había extraído del monedero y lo sacó afuera de él.

Comenzó a correr un poco y vislumbró al hombre, que caminaba por la calle despreocupado.

—Señor, señor, perdón, ¡caballero! —dijo Inés elevando la voz, para que la escuchasen todos.

El hombre se giró al ver que le hacía señas y esperó a que llegase a su altura.

—He visto que se le ha caído esto. —Le mostró con su mano derecha la cartera que el hombre intentó coger—. Espere. —Abrió la cartera—. ¿Cómo se llama? —preguntó Inés.

—Raúl González Díaz —contestó el interpelado.

—Correcto. —Le entregó la cartera—. Sólo quería confirmarlo —se excusó Inés con el hombre, que aceptó la cartera y afirmó con la cabeza.

Inés deshizo el camino hasta encontrarse con su banda. Se quitó la pulsera y se la dio a Kontxesi que la

introdujo en el bolso; una vez dentro apretó la piedra roja del adorno y la pulsera reprodujo la voz del hombre con su nombre y apellidos.

Fueron hacia Las Ramblas y pararon a un taxi. Raffaello se puso adelante con el chofer y ellos detrás.

—A la calle Capitán Arenas con Manila —informó Inés al conductor.

Raffaello se giró y les dio un juego de llaves con un llavero del Barça. Le guiñó un ojo a Inés cuando se lo entregaba.

—Dicen que «quien roba a un ladrón, tiene cien años de perdón» —comentó Pau en voz baja a Kontxesi que estaba en medio, pero suficiente alta para que ella lo pudiera escuchar.

Inés se giró hacia ellos, inclinándose para contestarles también en voz baja.

—Pero él no es un ladrón técnicamente, es uno que compra objetos robados. Estaría bien si os lo robaran a vosotros. ¡Cómo hice yo! —Y volvió a sentarse bien, mientras una sonrisa se le asomaba en su rostro.

Cuando llegaron a plaza Catalunya, Inés le comentó al taxista:

—Por favor, échese a un lado, pare ahí mismo, tenemos que hacer una llamada. —Al mismo tiempo que hablaba, Inés señalaba con su dedo índice un sitio donde podían pararse a la izquierda frente al Fnac.

Raffaello la escuchó y mirándola hizo un gesto de asentimiento. Cuando se detuvo el vehículo, el italiano

bajó del taxi y sacó su teléfono y allí mismo, de pie delante de ellos, empezó a hablar por el móvil él solo.

«¡Cuánto teatro le gusta hacer a este!», pensó Inés del mafioso. Sabía que no estaba hablando con nadie, pero hacía gestos con la mano libre y no dejaba de mirar a las transeúntes, turistas sobre todo, dado el lugar. Desvió la mirada y vio a Kontxesi que había metido las manos en su gran bolso; la vio sacando punta a un lápiz de ojos que llevaba, con cuidado para que las láminas rascadas cayeran en una tapa de vete a saber qué producto. Luego, con la otra mano, sacó el vaso de la bolsa de plástico y se acercó al bolso, para buscar la marca de los dedos, removió en el bolso y extrajo una pequeña brocha, la metió por la parte de los pelos en la tapa, consiguiendo que se adhiriera la laminadora negra que había en el interior, y espolvoreó el vaso. Cuando lo creyó oportuno, sacó un rollo de celo nuevo, cortó un poco más de dos dedos. Lo pasó por donde estaba la huella y lo pegó con suavidad; luego lo despegó despacio. Volvió a cortar otro par de dedos del celo y la encerró en su interior. Hizo un gesto a Inés con el pulgar hacia arriba, que Inés imitó dirigiéndoselo al que estaba afuera, quien cerró la tapa de su móvil y volvió al vehículo.

—Ya puede continuar —le comentó Inés al taxista, cuando abrió la puerta el italiano para entrar.

Cuando reanudó la marcha el taxi, Inés apoyó su cabeza en el cristal de su lado, su postura favorita para

evadirse. Miraba sin ver, solo pensaba en cómo le habían liado de nuevo para estar allí dentro de ese coche con esos delincuentes y, encima, como superior de todos.

Estaba tranquilamente en el pueblo, en Castellón. Salía por la senda de tomar el baño en el río Mijares, tras pasar el último tramo inundado. Ella y su gran amiga se cambiaron las chanclas de río, los escarpines; qué alivio cuando se puso las suyas habituales y tan cómodas de dedo. Tan solo llevaban puesto unos pequeños *shorts*, con la parte superior del bikini tenían suficiente. Además, se avecinaba una gran cuesta, la que subía hasta la carretera y luego proseguir hasta arriba del pueblo, a su casa. Ella y su amiga vivían cerca. Se sonrieron la una a la otra. Los que quedaron les habían dirigido unos simpáticos saludos de despedida y ambas sabían que los chicos las habían mirado y bien. Sobre todo, a su amiga que estaba más desarrollada, aunque igual de esbelta que ella.

Volvieron a guardar la toalla en la mochila y enfilaron la última parte de la senda ascendente. Entre cañas y grandes arbustos de baladres con flores de colores rojos y blancos, vieron el camino de tierra que usaban para transitar por las huertas. Al llegar al plano del camino, notaron una limosina negra aparcada al lado opuesto del camino por el que caminaban, bajo un gran árbol, un algarrobo que le hacía sombra del

sol. Se abrió la puerta trasera, quedando ahí abierta de esa forma; nadie bajaba del vehículo.

Ambas caminaban hacia donde estaba aparcado, pues debían de cruzar el pequeño puente que había allí a la derecha, unos metros después de pasar al vehículo.

Inés que se lo olía le dijo a su amiga:

—Sigue tú sola, creo que es para mí. —Dejándola sorprendida—. No pasa nada, no te preocupes, luego te cuento.

Cruzó el camino de tierra acercándose al vehículo por detrás de él. Tenía las lunas tintadas y no se veía a nadie en su interior. Al llegar a la altura de la puerta abierta, se inclinó y miró al interior.

—Hola, querida —le dijo Margaret Sherman de la Europol—. Entra y cierra la puerta que se calienta el interior —solicitó la inglesa.

Inés se incorporó, miró a su amiga que hacía lo mismo, entre intrigada y preocupada. Inés frunció los labios y ladeó la cabeza hacia un lado, mientras le hacía señas con su mano derecha a su amiga para que prosiguiera y que no la esperase. Pensó un segundo en poner su toalla, pero que le den morcillas al dueño del vehículo, se sentó mojando el asiento, seguro, un poco enfadada, pero, aunque refunfuñando, cerró la puerta para que el vehículo comenzará a rodar.

CAPÍTULO 2

4 de septiembre de 2019

El taxista paró delante de la portería que le dijeron. Inés bajó la última tras pagar y coger el tique; lo guardó en su monedero. Ya no le cabían, pensó, viendo lo abultado que estaba el lugar que había escogido para guardarlos.

Entraron en la portería, Kontxesi iba la primera. Si el portero les dijera algo, ella se las apañaría para convencerle.

—Es mi amigo y tengo llaves. ¡¿No las ves tontorrón?! —Recordó que dijo bravucona, cuando estaban planificando esa parte del golpe—. Quizás, sí, mejor. Pondría carita de buena y le diría «Soy Rosa, la hermana de Raúl González, del 2º 2ª.

Pero no hizo falta alguna, pues ni los miró, estaba mirando el *Sport*, enfrascado con sus gafas leer, y acercándose a la mesa donde lo tenía abierto. Algo de baloncesto, pues Inés reconoció al pequeño de los Gasol en una fotografía, Marc; le caía bien.

Abrieron la puerta del ascensor y entraron todos. Era holgado, un buen ascensor con madera de lujo y con un gran espejo, al que por supuesto se miraron Raffaello y Kontxesi.

Cuando llegaron a la planta seleccionada, se abrieron las puertas automáticamente. Fueron saliendo. Un ficus benjamín enorme estaba junto al cristal, iluminado por el sol que entraba por una ventana cercana. La escalera estaba oculta por una puerta. «Debe de ser común en las casas de los ricos», pensó Inés.

Tras ella, incrustados y tallados en la misma puerta, estaban los números 1, 2… Leyó hasta el 6.

Mientras tanto Raffaello, al que le había dado las llaves en el ascensor, ya estaba abriendo la puerta buscada. Antes de abrirla, fue tocando los bordes donde se unían puerta y marco, buscaba algo. «Quizás alguna marca o señal que se ha dejado el propietario», pensó.

Hizo una señal con las cejas hacia arriba mirándolos y dio dos vueltas de llaves, la primera con rapidez y la segunda más despacio, haciendo algo de fuerza, pues se escuchó la obertura.

Entraron a un distribuidor cuadrado de dos por dos, por lo menos, donde había un mueblecito tallado, pintado con ese blanco roto que estaba de moda. «Efecto tiza», recordó la chica.

No dieron la luz, pues se veía bien. Había un pasillo largo y fueron pasando por él, encontrándose las dos primeras puertas abiertas. Echaron un rápido

vistazo y avanzaron. Otro distribuidor. Abrieron la puerta de enfrente y observaron un gran comedor con dos ambientes. Raffaello cerró la puerta y abrió la de enfrente: la cocina; también la cerró y avanzaron más. Otro pasillo y al fondo de nuevo, otro distribuidor, este con cinco puertas, todas cerradas. Ahí el italiano buscó con la mano y encendió la luz.

Acercó su nariz a la primera puerta y a la segunda por la izquierda.

—Aseos seguro, huelo a humedad —dijo con seguridad, que Kontxesi discutió pues las abrió de una en una y cerró, sonriéndole al italiano. Volvió a hacer lo mismo con las otras tres, en la última dijo—: Aquí no huele a nada, debe de ser el lugar, los otros serán dormitorios.

Ahora fue Pau el que no estuvo de acuerdo e hizo lo mismo que Kontxesi: abrirlas y cerrarlas.

—Vaya olfato que tienes —le dijo sonriendo.

Todos rodeaban la que faltaba. Ahí volvió Raffaello a pasar la mano sin tocar entre el marco y las puertas, y levantó el dedo índice, que luego utilizó para señalar un lugar determinado. Sacó una pequeña linterna y la encendió.

—Es un pelo, pegado con saliva. —Se agachó y fue abriendo y cerrando sus dedos de la mano derecha, midiendo—. Dos palmos y tres dedos, ahí debo de volverlo a pegar. ¿Alguien tiene una bolsa? —preguntó con su peculiar voz italiana, cuando hablaba castellano.